

NO pretendo con el presente artículo intervenir en calidad de árbitro entre los dispares criterios que acerca de la personalidad de «Don Inda» mantienen

mi querido Sebastián Miranda y don Juan García Mendoza.

Por un azar, que no supone ningún mérito por mi parte, creo que yo he sido el único español que ha pertenecido a la Asamblea Nacional Consultiva convocada por Primo de Rivera, a las Cortes Constituyentes de la República y a los dos parlamentos subsiguientes. Cuanto voy a relatar ha sido, pues, vivido por mí, y con estos recuerdos pretendo trazar de Prieto una silueta histórica basada en actuaciones públicas de su vida. Nunca crucé la palabra con él, ni tuve amistad o antagonismo personal. Mi juicio aspira a ser sereno y objetivo como una página de Historia.

Cuando don Miguel Primo de Rivera decidió convocar una Asamblea Consultiva, el Rey Alfonso XIII le sugirió una lista de personas que él deseaba formasen parte de dicho organismo. Entre ellas estaban Víctor Pradera, Gabriel Maura, Quintiliano Saldaña, quien escribe estas líneas y otras que ahora no recuerdo sin consultar apuntes.

Primo de Rivera, que deseaba a todo trance una inteligencia con las organizaciones obreras y que había conseguido que Largo Caballero aceptase un puesto en el Consejo de Estado, pretendió que en la Asamblea figurase una representación de la U. G. T., organización adscrita al partido socialista obrero español.

Por este tiempo, un día, al salir de clase, coincidí en la sala de profesores de la Universidad con don Julián Besteiro, con quien me unía una afectuosa amistad, nacida del hecho de que él había sido profesor mío de Lógica en el curso común preparatorio de las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras.

Todavía recuerdo la prevención con que asistí a la cátedra de Besteiro; prevención motivada por cuanto me había dicho acerca del nuevo profesor de Lógica don Eduardo de Hinojosa, fundador de nuestra escuela moderna de Historia del Derecho, verdadera gloria de la ciencia española, que me profesaba un cariño paternal. Me había dicho literalmente: «Ten mucho cuidado con Besteiro, profesa unas ideas diabólicas.» Besteiro explicó casi todo el curso los juicios sintéticos «a priori» de Kant, asunto sobre el que había publicado una breve monografía. En todo el curso no pronunció ni una sola frase política o tendenciosa. Al final hizo un ejercicio de oposición para dar las matrículas de honor. Yo era bien conocido de Besteiro como un alumno militante y activo en las organizaciones estudiantiles católicas de derecha, y como fundador y director de una revista juvenil de esta tendencia. Sin embargo, una de las tres matrículas de honor que concedió fue para mí. Todo esto tan contrario a las prevenciones de Hinojosa,

RETAZOS DE MIS MEMORIAS

LA RESPONSABILIDAD HISTORICA DE INDALECIO PRIETO

hizo que cuando llegué a catedrático naciera una afectuosa amistad de compañeros entre los dos.

Cuando vi a Besteiro aquella mañana en la sala de profesores me acerqué a él y le dije: «Don Julián, parece ser que el Rey me ha incluido en una lista de personas independientes que él desea que figuren en la Asamblea, ¿cree usted que debo aceptar?» Me respondió: «¿Por qué no? Esta es una oportunidad histórica que si se sabe aprovechar puede ser decisiva para el futuro de España. Yo estoy librando una batalla para que los socialistas concurráramos a la Asamblea, pero me temo que no lo voy a conseguir y que el animal de Prieto, que se opone, se va a llevar el gato al agua.» Palabras que recuerdo literalmente y que no me sorprendieron, pues era público y notorio el antagonismo entre Besteiro y Prieto. Este acusaba a don Julián de vivir mucho más sometido a la disciplina de la Institución Libre de Enseñanza que a la del Partido en que ambos militaban.

Todavía no he logrado una información exacta de las causas por las que la Asamblea convocada por Primo de Rivera, que parecía haber nacido para elaborar una reforma constitucional que hubiera sido sometida a plebiscito, no logró este propósito. Es como si al cruzar un río nos volviéramos al punto de partida. Esto colocó al Rey en una situación falsa que fue la causa inmediata de la crisis de la Monarquía.

Durante siete años se había hecho una política de acusación y descrédito de los partidos políticos y finalmente no se ofreció a la opinión nacional más solución que la vuelta a los partidos denigrados.

Si las fuerzas políticas y sociales en que se apoyó la Dictadura, bien representadas en la Asamblea aunque ésta no fuera electiva, hubieran llegado a un acuerdo constitucional con las representaciones auténticas del socialismo obrero, España se hubiese evitado la República y la Guerra Civil que fue su última consecuencia.

Besteiro pensaba en una reforma que hi-

ciese compatible el socialismo evolucionista con la Monarquía. Algo semejante a lo conseguido en Bélgica, muchos de cuyos problemas políticos son similares a los nues-

tros. Acaso soñó Besteiro en ser una especie de Vandervelde español.

Aprovecho esta oportunidad para evocar la memoria de este español ilustre que en las postrimerías de nuestra guerra volvió a demostrar su honestidad política y su patriotismo. El recuerdo de Besteiro nos debe incitar a un severo examen de conciencia.

Prieto fue el obstáculo insuperable para esta política y esa es su responsabilidad ante la Historia.

Yo, como he dicho, no traté personalmente a Indalecio Prieto; creo que alguna vez me aludió en artículos escritos en Méjico, cuando yo residía en Portugal.

Era un hombre inteligente, con el controlado engreimiento del autodidacta que ha logrado triunfar. Su oratoria era eficaz y ofrecía ese aire especial por su argumentación y su léxico de los oradores habituados a dirigirse a grandes masas populares. Prieto tenía desparpajo y habilidad para asimilar y exponer atinadamente informaciones sobre materias ajenas a su preparación y a su cultura, más adquirida en la vida que en los libros. Esto lo demostró en el debate sobre la política realizada por Calvo Sotelo durante su gestión ministerial en Hacienda, en el Gobierno de Primo de Rivera.

Era hombre violento, que varias veces en las discusiones de las Cortes lanzó contra sus contradictores los gruesos vasos y las bandejas en que se servía el agua con azucarillos de la que tanto se abusaba en el viejo Parlamento.

A Ortega y Gasset, ignoro por qué causa, le profesaba una ojeriza particular, vociferando impertinencias desagradables cuando el gran pensador aparecía en el salón de sesiones. Supongo que era una reacción de advenedizo resentido ante la gran personalidad cultural y política de Ortega.

Creo que Prieto, que venía al Parlamento con votos del obrerismo bilbaíno, era más bien que socialista un republicano-radical, con un anticlericalismo burdo como el que en su día representaron «El Cencerro» o «Las Dominicales».

No quiero referirme más que a sucesos que personalmente he vivido. Carezco de información fidedigna sobre muchas cosas que he oído decir de Prieto, como de casi todos los hombres públicos españoles, pues el vicio nacional más difundido es la envidia y su secuela natural, la maledicencia. Dejo también de lado las actividades en el periodo de la guerra civil, durante la cual todas las decisiones políticas fueron forzadas por circunstancias insuperables.

Me limito a dar testimonio directo de un hecho que creo dibuja una evidente responsabilidad de Indalecio Prieto ante la Historia.

Pedro SAINZ RODRIGUEZ
De la Real Academia Española